

## Ensayos

# La triple significación de la muerte borgeana

### Resumen

En el presente trabajo se analizarán algunos de los poemas del poeta argentino Jorge Luis Borges. El tema central a estudiar es la muerte y las diferentes interpretaciones que ésta tiene para el poeta. Básicamente se encuentran tres visiones sobre la muerte que se ven manifestadas en su amplia obra poética. La muerte física, la muerte metafísica y dentro de ésta, la muerte como revelación. Se verá que, paradójicamente, cuando se habla, se piensa y reflexiona acerca de la muerte, en realidad se está hablando, pensando y reflexionando acerca de la vida.

### Abstract

This study analyzes some of Argentinian Jorge Luis Borges' poems. The central theme of the study is "death" and the different interpretations which it has for this poet. Basically we find three visions of death which run throughout his extensive repertoire of poetry: physical death, metaphysical death and, within this, death as revelation. In a paradoxical way, we discover that as we talk, think and reflect about death we are actually talking about life.

### Abstrait

Ce travail analyse quelques poèmes du poète argentin Jorge Luis Borges. Le sujet central étudié est la mort et les différentes interprétations que lui donne le poète. Nous trouvons principalement trois visions de la mort à travers l'oeuvre très étendue du poète. La mort physique et la mort métaphysique où se trouve la mort comme révélation. Nous verrons que paradoxalement quand nous parlons, nous pensons et nous réfléchissons sur ce qu'est la mort, en réalité nous parlons, nous pensons et nous réfléchissons sur ce qu'est la vie.

Adriana Mejía Alcauter\*

## Introducción

En toda la obra de Jorge Luis Borge encontramos juegos, sueños, deseos, añoranzas, miedos, amores, anhelos que son manejados en mundos o planos reales o imaginarios y que el poeta hace y deshace. La poesía borgeana lo permite ya que se justifica por sí misma. La muerte, un acto real y natural del ser humano traspasa la realidad para buscar una permanencia. La necesidad de seguir presente es una constante en los temas borgeanos, el irremediable enfrentamiento del hombre con su destino, el cual descubre a partir del transcurso del tiempo y al confrontarse con la muerte. Borges asume el concepto enigmático de la muerte en su poesía y la somete a varios juegos semánticos: como un acto biológico natural del ser humano, como una "pura contemplación del alma" o, más importante aún, como la revelación del verdadero sentido de la vida hasta ese momento.

En el presente trabajo, se estudiarán las diferentes significaciones que posee el acto de la muerte para Borges: su limitación cognoscitiva y ontológica y su develación como un deseo humano de soñar. Es decir, Borges plantea un mundo imaginario que trasciende los límites de esta vida, una aventura de la muerte borgeana que libera al ser humano. En este sentido, se pretende que este trabajo tenga como objetivo esencial discernir cómo es asumida la muerte por Borges cuando se llega al final del destino, o cómo se pretende sobrepasar aquélla a través de la imaginación poética. Tengo la esperanza de que esto pueda servir para aclarar dudas y ampliar la visión de la poética borgeana.

\* Profesora investigadora de la Universidad Tecnológica de la Mixteca.

## I. Muerte física

Borges nació, vivió y murió según la ley natural de la vida, pero más bien fue un hombre solitario que cumplió un destino que le parecía espantoso por ser irreversible. Para Borges, verse transcurrir es verse morir ineludiblemente; la vida es una senda lenta hacia la muerte y el poeta no pierde de vista dicha transformación. Muchos de sus poemas son una reflexión sobre la muerte. Tal reflexión se detiene en un tono cálido y vivencial, en los espacios (casas, calles, habitaciones, patios), objetos materiales (libros, portones, su bastón, la fuente de algún patio), y personas; es decir, aquello que ha formado parte de su vida y que ve alejarse lentamente. “Morir es perder el ámbito de la costumbre. Morir es sentir que el mundo se le hace cada vez más ajeno y ver que se queda como una litografía” (Sucre 1967:93). La muerte significa el desprendimiento de algo suyo, de vivencias, de recuerdos dejados en el pasado y que ya no regresarán. Por tanto, cada acto de su vida le parece definitivo e irrevocable, puertas que se cierran a su paso, en un camino ya determinado.

La muerte física es una visión estrecha de la vida si se compara con una visión extensa que supondría ubicarla dentro del universo semántico de la filosofía o la metafísica. No obstante, Borges maneja la muerte física del ser humano, la visión limitada de su vida y el dejo nostálgico de ella, como se podrá observar en los apartados siguientes.

### A. Tiempo cronológico y muerte

“La evidencia de la muerte y de la ciega sucesión del tiempo no es camino, en Borges, para la desesperación” (Sucre 1976:94). El poeta sabe bien que la muerte llega a todo hombre; por tanto, es asumida con tranquilidad. No obstante, dicha muerte significa los límites a que llega el ser humano al final de su destino. Precisamente, esto se ve en los poemas titulados “Límites”.<sup>1</sup> En ellos nos enfrentamos con la visión final del destino, precisamente en sus límites. En el primer poema se ve manifiesta la despedida del yo lírico; el adiós

<sup>1</sup> La primera versión del primer poema fue publicado originalmente en *La Nación de Buenos Aires*, en 1958; el segundo poema pertenece a el libro *El Hacedor*, de 1960. Ambos poemas, así como los demás que se mencionaran en el presente trabajo se encuentran en Borges, Jorge Luis. *Obra poética 1923-1985*, EMECE, Buenos Aires, 1989. Por tanto, desde este momento los citaré sólo por el libro a que correspondan y por página.

a los objetos materiales, a lo vivido y a lo querido, a la vida misma: “¿Quién nos dirá de quién, en esta casa, / Sin saberlo, nos hemos despedido?” (OM, p.194).

La existencia misma es una constante despedida; sin que lo sepamos y sintamos, es un adiós que no sabemos en qué momento llegará, pero que es necesario tenerlo presente: “...habrá (un libro) que no leeremos nunca”.

Los objetos que “convivían” con el hombre extrañarán su presencia, y siempre aguardarán su irrevocable regreso: “Para siempre cerraste alguna puerta/ Y hay un espejo que te aguarda en vano” (OM, p.195).

También habrá otros que no aguardarán su retorno, porque saben que es imposible:

Hay, entre todas tus memorias, una  
Que se ha perdido irreparablemente;  
No te verán bajar a aquella fuente  
Ni el blanco sol ni la amarilla luna.  
(OM, p.195)

La vida y el tiempo han llegado a su morada final, es fútil todo intento de retorno porque todo es irreparable, vano. Tiempo y espacio se han quedado atrás, y no hay camino de regreso:

Creo en el alba oír un atareado  
Rumor de multitudes que se alejan;  
Son lo que me ha querido y olvidado;  
Espacio y tiempo y Borges ya me dejan.  
(OM, p.195)

El segundo poema, más condensado, representa la dejación del yo lírico:

Hay una línea de Verlaine que no volveré a recordar,  
Hay una calle próxima que está vedada a mis pasos,  
Hay un espejo que me ha visto por última vez,  
Hay una puerta que he cerrado hasta el fin del mundo.  
Entre los libros de mi biblioteca (estoy viéndolos)  
Hay alguno que nunca abriré.  
Este verano cumpliré cincuenta años;  
La muerte me desgasta, incesantemente.  
(H, p.160)

El poeta habla de la imposibilidad de volver a realizar sus actividades privilegiadas como caminar, leer o simplemente recordar autores o cosas que le gusta hacer; lentamente la muerte llegará y eso significa el impedimento de actuar, de vivir. La muerte también significa tiempo porque la edad le dificulta moverse y desenvolverse libremente; le niega la posibilidad de leer alguno de sus libros, pero crudamen-

te. La muerte representa no volver a recordar, se cesa la memoria, la vida misma.

El tiempo “es irreversible y de hierro”, dice Borges, es la sustancia de que está hecho el hombre, radica en el hombre mismo. No obstante su fuerza, el tiempo corre de ascenso a descenso y es este tiempo el que finalmente destruye al hombre cuando llega al punto cero de su trayectoria, de la muerte. No obstante que dicho tiempo “es ciega sucesión, pero se vuelve lucidez en la conciencia del hombre” (Sucre 1976:43). Al término del tiempo, el hombre reconoce lo que ha vivido y que ya no puede recobrar. El tiempo es la meditación de lo que fue y ya no será.

El límite ha encontrado su punto final, esta visión cerrada de la vida es vista en el poema “Laberinto”. La perspectiva que el poeta tiene de la vida llega a su fin; el tono, de entrada, es totalmente pesimista, no hay salida alguna:

No habrá nunca una puerta. Estás adentro  
Y el alcázar abarca el universo  
Y no tiene anverso ni reverso  
Ni externo ni secreto centro.  
(ES, p.326)

El fin es la muerte. “Es de hierro tu destino/ Como tu juez”. El acto de la muerte no es reversible. No hay esperanza. “No existe. Nada. Ni siquiera/ En el negro crepúsculo la fiera.” (ES, p.326). La condenación es aniquilante, al final todo termina. Se cierra la última puerta, que Borges menciona constantemente, para mostrar que no hay salida posible.

## B. Símbolos de la muerte y el tiempo

Dado que la vida es un fluir constante hacia su último momento, Borges utiliza “sus símbolos [que] son los mismos a que ha recurrido siempre para significar la muerte y el paso del tiempo: el agua, el río, el reloj de arena, los viajes, los espejos, la noche” (Sucre 1976: 91 y 92). La muerte, que aniquila la falsa naturaleza humana, y esos símbolos significan el suceso transitorio de la vida que se disuelve en la nada. De este sentido, participa el poema “Rubaiyat”, en el que el poeta expresa lo efímero de la vida:

*Torne a afirmar que el fuego es la ceniza,  
La carne el polvo, el río la huidiza  
Imagen de tu vida y de mi vida  
Que lentamente se nos va de prisa.  
(ES, p.330)*

El hombre vuelve a su primera materia, el polvo, y, como tal, se pierde entre el viento que lo extravía irremisiblemente. Su rostro se confunde entre las olas que provoca el aire transparente. El agua del río es la vida misma del hombre, su fluir constante y no admite regresiones. La corriente es avasalladora; la vida sigue, se cree que es lenta pero en un momento se vuelve fugaz.

En otro poema, “París, 1856”, el poeta habla acerca de Enrique Heine como el hombre que puede anticipar la muerte, vive en la oscuridad y teme “al clamoroso día”. Heine “piensa en aquel río./ El tiempo, que lo aleja lentamente/ De esa larga penumbra y del doliente/ Destino de ser hombre y ser judío” (O, p.234). El río es quien lo lleva hacia la muerte y quien lo desposesionará de lo que hasta ahora es: un hombre en el mundo.

Sin duda alguna, uno de los poemas en el que se aprecia mejor la significación que poseen los símbolos de la muerte y el tiempo es “El reloj de arena”. En él están en conjunción el río, por consiguiente el agua, y el reloj de arena. Poema de movimiento, que manifiesta un claro proceso hacia la muerte:

El tiempo, ya que al tiempo y al destino  
Se parecen los dos: la imponderable  
Sombra diurna y el curso irrevocable  
Del agua que prosigue su camino.  
(H, p.115)

El destino es esa agua que fluye a través del río de la vida, es un camino inevitable, un camino marcado. El río es el instrumento para medirlo, pero Borges anuncia otro elemento que medirá el tiempo de los desiertos: “Otra Substancia halló, suave y pesada./ Que parece haber sido imaginada/ Para medir el tiempo de los muertos” (H, p.115). Ese otro instrumento es el reloj de arena, el cual mide el tiempo y la muerte de los hombres, no hay escapatoria posible para nadie. “Con la arena se nos va la vida”. Ésta es fugaz y la arena también lo es:

Todo lo arrastra y pierde este incansable  
Hilo sutil de arena numerosa.  
No he de salvarme yo, fortuita cosa  
De tiempo, que es materia deleznable.  
(H, p.117)

A partir de la muerte y el tiempo se evidencia lo ilusorio y breve de la condición humana. Hay elementos (polvo y agua), que simbolizan el desgaste del hombre y que además rigen su destino, el cual conduce hacia la oscuridad, hacia la muerte.

### C. La vejez, un antecedente de la muerte

La muerte física supone la idea del deterioro del hombre, de Borges, en tanto se habla de un hombre mayor y ciego. La vejez y la ceguera son motivos que participan de manera importante en la construcción de la poética del periodo último de la poesía borgeana. La vejez, de hecho, es anunciada por el propio Borges en su poética a partir de 1969, en el prólogo de *Elogio de la sombra*. El poeta no hace sino escribir desde su momento vivencial; se encuentra anciano y ciego, pero eso no es motivo para ver a la muerte como un acto trágico, al contrario:

La vejez tiene que ser la suprema soledad, salvo que la suprema soledad es la muerte. También “todo lo cercano se aleja”, me refiero al lento proceso de la ceguera del cual he querido [...] mostrar que no es una total desventura. Que debe ser un instrumento más entre los muchos, tan extraños, que el destino o el azar nos deparan. (Borges 1980:160)

Ya se ha visto cómo la muerte física no es asumida por Borges en forma fatal, al contrario, éste adopta una actitud serena. Las consecuencias del tiempo son la vejez y la ceguera, aunque esta última sea también consecuencia de una enfermedad de herencia familiar: “Yo ahora sólo veo sombras, pero la ceguera no ha sido algo patético para mí, porque ha sido un proceso muy lento [...]. Fue, como siempre digo, un lento atardecer, pero tan lento que uno no lo percibe. El momento en que del día se pasa a la noche”. (Borges, citado en Playeras 1979:88)

Borges utiliza su ceguera como una herramienta, la que le ha dejado el destino para proseguir con la creación literaria. La ceguera lo ha acompañado desde siempre, toda su vida. Borges piensa que todo cuanto le ocurre y pasa, debe de verse y tomarse de manera optimista, todo está determinado para un fin: “Esas cosas, [entre ellas la ceguera] nos fueron dadas para que las transmutemos, para que hagamos de la miserable circunstancia de nuestra vida, cosas eternas o que aspiren a serlo” (Borges citado en Playeras 1979:90). En este sentido, el poeta no ve en la ceguera a un enemigo sino a un instrumento que le auxilia en la creación literaria. Por ello, Borges afirma que la ceguera es un don. Un don que ha sabido aprovechar sabiamente.

Ceguera y vejez están presentes en varios poemas, tales como “Las cosas”, donde el yo lírico hace una enunciación de los objetos que lo han acompañado desde siempre:

El bastón, las monedas, el llavero,  
La dócil cerradura, las tardías  
Notas que no leerán los pocos días  
Que me quedan, los naipes y el tablero,  
[...]  
El rojo espejo occidental en que arde  
Una ilusoria aurora. ¡Cuántas cosas  
Limas, umbrales, atlas, copas, clavos,  
Nos sirven como tácitos esclavos,  
Ciegas y extrañamente sigilosas!  
Durarán más allá de nuestro olvido;  
No sabrán nunca que nos hemos ido.  
(ES, p.329)

Objetos queridos que son descritos por el poeta con un dejo muy profundo de ternura y nostalgia. Sus silenciosos compañeros de hermosas tardes comparadas se perderán cuando él haya muerto, cuando se haya ido.

La enumeración de sus artículos personales: llavero, bastón, atlas, copas, etc., funcionan para intensificar el aspecto vivencial del poeta con su entorno y, más aún, para resaltar, en un futuro, su ausencia. En este sentido es que se habla de olvido y memoria. Es decir, los objetos en oposición a la vida misma del poeta. La muerte de éste y la permanencia de aquéllos.

En otro poema, “El guardián de los libros”, el poeta hace, inicialmente, una recopilación histórica de lo que fue necesario realizar para poseer los libros que tiene en su poder. La historia del mundo, los recuerdos y las memorias están vistos desde la perspectiva del guardián de los libros. La torre es la inmensa muralla que contiene la vida de los hombres y de los países. Así dice el poeta, quien es al mismo tiempo el guardián: “Esas cosas o su memoria están en los libros/ Que custodio en la torre” (ES, p.336).

El poeta hace una síntesis, a manera de una contienda bélica, de lo que le ha costado poseer la biblioteca custodiada:

El padre de mi padre salvó los libros.  
Aquí están en la torre donde yazgo,  
Recordando los días que fueron de otros,  
Los ajenos y antiguos.  
(ES, p.337)

Sin embargo, irónicamente, posee los libros cuando en sus ojos ya no hay luz y, viejo, ya no los puede leer, pues “los anaqueles/ Están muy altos y no los alcanzan mis años./ Leguas de polvo y de sueño cercan

la torre” (ES, p.337). El guardián de los libros no los puede disfrutar, sólo le queda valerse de su memoria e imaginar, recordar la sabiduría que en un tiempo atrás descifró: “¿Qué me impide soñar que alguna vez/ Descifré la sabiduría/ Y dibujé con aplicada mano los símbolos?” (ES, p.337).

A continuación el guardián se identifica, dice llamarse Hsiang. A manera de augurio dice que tal vez esos libros sean los últimos que custodie “Porque nada sabemos del Imperio/ Y del Hijo del Cielo” (ES, p.337). El poeta ve a los libros perderse, o tal vez es él quien se está yendo; la imagen de los libros en los altos anaqueles presentan la cercana ausencia del viejo guardián:

Ahi están en los altos anaqueles,  
Cercanos y lejanos a un tiempo,  
Secretos y visibles como los astros.  
Ahi están los jardines, los tiempos.  
(ES, p.337)

El final del poema es el inicio del mismo, la circularidad tal vez pretenda decir que él se va a ir, pero habrá otro guardián que ocupará su lugar.

Tema similar se maneja en el poema “Junio, 1968”, donde Borges maneja datos biográficos, pues habla de la biblioteca, lugar en que trabajara largos años de su vida. La ceguera y la vejez impiden descifrar libremente los volúmenes que maneja y, con ello, la posibilidad de escribir.

No obstante, en “El guardián de los libros” como en “Junio, 1968”, encontramos la visión optimista del poeta: en el primero se ayuda de su antigua sabiduría y memoria para rescatar los libros; en el segundo “sonríe ante el curioso destino/ y siente esa felicidad peculiar/ de las viejas cosas queridas” (ES, p.335). En ambos está presente la añoranza y el recuerdo.

En “Poema de los dones” Borges habla de una vivencia real, pues cuando anciano y ciego fue nombrado Director de Bibliotecas de su país; no es gratuito que en su primer poema diga:

Nadie rebaje a lágrimas o reproche  
Esta declaración de la maestría  
De Dios, que con magnífica ironía  
Me dio a la vez los libros y la noche.  
(H, p.113)

En efecto, Borges no reprocha tal “casualidad irónica”; tal vez sea una especie de azar que lo obliga a fatigar “sin rumbo los confines / De esa alta y honda biblioteca ciega” (H, p.113). La ceguera la asume como

un evento especial otorgado por Dios y la designación del cargo público que en teoría representaría un gran acervo de sabiduría, pero que es vedado por el destino o por el azar, no importa ya, pues queda la memoria. Al viejo Borges sólo le queda la memoria, lo aprendido hace años. “No esta lejos el final (su voz declara)/ casi no soy”.

## II. Muerte metafísica

En oposición a una realidad limitada, que conduce hacia la muerte inevitable, aparece la mirada poética del otro Borges quien buscará la explicación metafísica del destino humano.

Borges, “el hombre que ha encontrado la inmortalidad y que ha vencido la muerte pero no el tiempo ni la vejez” (Paz 1986:29) sigue el viaje enigmático que significa la metafísica y desde esa perspectiva nos ofrece la verdad, su verdad a partir de crear, de imaginar. Imaginaciones que encarnan los sueños de la metafísica – el deseo de la trascendencia-, pues es una ilusión inevitable de la razón.

La metafísica de Borges es una visión que significa su postura personal ante el mundo. Tan sólo busca la verdad que él mismo construye: el deseo de trascendencia –el deseo metafísico-, no obstante que sabe que la trascendencia nos está vedada por el cercamiento cognoscitivo y ontológico.

Borges, por tanto, nos ofrece su posición metafísica a partir de crear e imaginar. La “irrealidad” que presenta encarna los sueños de la metafísica. En este sentido, el mundo creado por Borges respecto de la muerte adquiere una significación diferente a la ya vista muerte física. La muerte es tomada como un elemento real de este mundo y sirve de enlace hacia ese trasmundo que insinúa la trascendencia del hombre o la revelación de la vida misma para mostrarnos la verdad que Borges crea. Creer que la vida continúa después de la muerte o creer que en la muerte se manifiesta el significado real de la vida.

### A. La intuición de la trascendencia

Aunque Borges sabe que toda muerte es “única y personal como un recuerdo”, se opera en él, simultáneamente, otra posibilidad de muerte: la intuición de que ciertos actos del hombre trascienden su propia individualidad y pueden así eludir al tiempo. Existe un presentimiento de que algo perdura después de ella:

“Nada sino el hábito nos autoriza a suponer tras las apariencias, las sustancias, tras la influencia de los estados de conciencia, la persistencia de un yo [...] Creemos en la existencia eterna de las cosas mismas. Creemos, eso es todo” (Borges, citado por Benavides 1992:253). En este sentido, la única verdad la logramos a partir de percepciones que creemos probables, a partir de una creencia o una intuición. Por tanto, es necesario el factor “creer” para poder intuir y estar seguros de una permanencia, de una trascendencia del hombre después de la muerte.

Tal creencia la observamos en el poema titulado “Edgar Allan Poe”, en él, el poeta habla de la muerte física del escritor, del cuerpo que ultrajan “ los gusanos sepulcrales,/ Del triunfo de la muerte...” (OM, p.232). No obstante, existe la posibilidad de que “del otro lado de la muerte,/ siga erigiendo solitario y fuerte/ Espléndidas y atroces maravillas” (OM, p.232). A pesar de que ha muerto en este mundo, puede ser que el “inventor de pesadillas” siga creando literatura humana. En realidad no sabemos si esto sea cierto, pero existe en el poeta la intuición de que así sea.

En otro poema titulado “Alguien”, un poema autobiográfico, el poeta recibirá a la muerte con una misteriosa beatitud. Y nuevamente reaparecerá la intuición del más allá; después de recibir con humildad dicho suceso dice:

Quizá en la muerte para siempre sabremos,  
cuando el polvo sea polvo,  
esa indescifrable raíz,  
de la cual para siempre crecerá,  
ecuánime o atroz,  
nuestro solitario cielo o infierno.  
(OM, p.251)

El hombre mismo es esa “indescifrable raíz” que, habiendo sobrepasado la vida de este mundo, logrará crecer para bien o para mal; eso también esta vedado a nuestro conocimiento. El poema es una meditación sobre la muerte.

En otro poema, “Los enigmas”, el yo lírico habla de lo indeterminada y desconocida que resulta la muerte. “El morador de un mágico y desierto / Orbe sin antes, ni después, ni cuándo” (OM, p.236). A él le preocupa lo que le sucederá cuando muera. No obstante, tiene un claro y definido deseo para ese momento: “Quiero beber su cristalino Olvido, / Ser para siempre; pero no haber sido” (OM, p.236).

El poeta desea lograr la trascendencia a partir del olvido mismo de su persona, de la vida misma. En este sentido, Borges mismo dice:

Yo no sé si la eternidad existe, o si la eternidad es un invento de los místicos, de los metafísicos, de los filósofos, pero lo que sí sé es que tendemos hacia ella. Hacia la eternidad. Y quizá, al tender hacia la eternidad, estamos creándola [...] Yo acepto la inmortalidad personal siempre que me aseguren el olvido de esta vida, yo no quiero seguir pensando en Borges, estoy harto de él. (Citado en Playeras 1989:104 y 105)

Crear asegura la posibilidad de imaginar o intuir la idea de la trascendencia, que Borges maneja como una especie de identidad que se logra a partir de la muerte. Muerte y olvido vendrían a ser sinónimos en cuanto tienden a despersonalizar al individuo; la trascendencia sería la identidad que logra ser y que no necesariamente corresponde a la identidad que se poseía antes de la muerte.

## B. La muerte como revelación

La intuición de una trascendencia es sólo una de las posibilidades que nos ofrece el acto mismo de morir. Otra, tal vez de mayor intensidad, es que al morir se revela el verdadero significado de la vida. Por ello podríamos decir que “cualquier destino, por largo y complicado que sea consta en realidad de un solo momento: momento en que el hombre sabe para siempre quién es” (Borges, citado por Sucre 1967:103).

Borges cree en la identidad como el resultado de un proceso, de una biografía y, por tanto, sólo comprensible en el momento de la muerte, cuando se acaba el tiempo biográfico. (Matamoro 1985:134). Ante tal experiencia, se analizará el “Poema conjetural” uno de los poemas en que mejor se ejemplifica dicha vivencia.

Borges escribe en 1943 el “Poema conjetural”, en él se encuentra una meditación sobre el destino del hombre. Está escrito a manera de un monólogo interno de Francisco Laprida<sup>2</sup>, a quien tras la batalla impre-

<sup>2</sup> El doctor Francisco Laprida, antepasado del poeta, fue uno de los héroes civiles de Argentina; fue presidente del Congreso de Tucumán, que proclamó la independencia de dicho País. Años más tarde se ve envuelto en la guerra civil entre “unitarios” y “federales”. Partidario de los primeros, sufre con ellos la derrota y finalmente muere a manos de los montoneros de Aldao, uno de los subalternos de Rosas, el día 22 de septiembre de 1829. (Sucre 1976: (03 y 104)

visiblemente le es revelada su verdadera identidad a partir de su propia muerte.

El inicio del poema describe una atmósfera de lucha violenta que presagia la muerte de Laprida bajo las manos de los vencedores:

Zumban las balas en la tarde última,  
Hay viento y hay cenizas en el viento,  
se dispersan el día y la batalla  
deforme, y la victoria es de los otros.  
(OM, p.180)

Laprida debe sentir un gran desconcierto, pues ni él mismo puede creer que vaya a morir de forma tan trágica. Su pronta muerte es distinta a la que parecía tener que corresponder a su vida:

Yo que estudié las leyes y los cánones,  
yo, Francisco Narciso Laprida,  
cuya voz declaró la Independencia  
de estas crueles provincias, derrotado,  
de sangre y de sudor manchado el rostro.  
(OM, p.180)

Se ve irremediamente derrotado y humillado: “sin esperanza ni temor, perdido, /huyo hacia el Sur por arrabales últimos”. Las glorias pasadas del personaje no parecían augurar el destino de morir humillado.

El fracaso, la vejación, la muerte cercana le anuncian una poderosa iluminación; toda su vida se le esclarece, adquiere significado. El acto de morir no se concibe como un acontecimiento negativo, más bien es el momento culminante en que el personaje adquiere pleno conocimiento de sí mismo. El anhelo de lo deseado, hasta antes de ese momento, se pierde ante lo que realmente le pertenece a él como destino. Por ello dice:

Yo que anhelé ser otro, ser un hombre  
de sentencias, de libros, de dictámenes,  
a cielo abierto yaceré entre ciénegas;  
pero me endiosa el pecho inexplicable  
un júbilo secreto. Al fin me encuentro  
con mi destino sudamericano.  
(OM, pp.180 y 181)

Su destino ya estaba escrito, Dios lo sabía desde un principio pues él fue quien trazó la historia, la vida de Láprida: “A esta ruinoso tarde me llevaba/ el laberinto múltiple de pasos/ que mis odias tejieron desde un día/ de la niñez” (OM, p.181). La clave de su vida estaba en su muerte y de ninguna manera podía evitarla. En la muerte encuentra el significado y aún la trascendencia

de su vida: “En el espejo de esta noche alcanzo/ mi insospechado rostro eterno”. Laprida siente “un júbilo secreto”, pero irónicamente quienes le hacen saber tan placentero secreto son sus propios enemigos, quienes le quitan la vida y a la vez le proporcionan su verdadera identidad al matarlo:

...Al final he descubierto  
la recóndita clave de mis años,  
la suerte de Francisco Laprida,  
la letra que faltaba, la perfecta  
forma que supo Dios desde el principio.  
En el espejo de esta noche alcanzo  
mi insospechado rostro eterno.  
(OM, p.181)

Tiempo y muerte son elementos primeros que hacen al hombre; cuando la muerte acontece, el tiempo llega a su fin. En ese momento, el hombre se encuentra a sí mismo. Toda esta meditación acerca de la muerte, mediante un soliloquio, que al final del poema se manifiesta plenamente, es ejemplo de cómo el hablante lírico logra rebasar los límites que impone el tiempo (aunque sólo sea un instante), logra responder la ansiada interrogante de qué es la muerte, a partir de ella misma; la clave se ha encontrado. La muerte es la llave de la revelación del destino, de la vida misma.

## Conclusiones

Como hemos visto, un aspecto importante de la poesía de Borges, como en toda poesía duradera, es su interpretación y evocación de la muerte. A la muerte, un acontecimiento tan natural del ser humano, pero que curiosamente ha sido fuente de atención de los artistas de todos los tiempos, la vemos aquí, en los poemas borgeanos, con un significado metafísico muy particular del poeta. Y también con un significado físico, biológico, del ser humano. Dos visiones completamente opuestas. La visión física que conlleva el desgaste del cuerpo del hombre a través de los años: el tiempo, simbolizado por el río, el agua, la noche, la ceguera y la vejez. Elementos todos que dan la idea de la proximidad de la muerte corporal, el final de la vida. En el caso de la visión metafísica, se encuentra el aspecto intuitivo o el factor “creencia” para poder hablar de una trascendencia del alma o de una revelación del significado de la vida a partir de la muerte corporal. Borges sólo imagina y desea la trascendencia a partir de un elemento muy simple: la creencia. Creer que la muerte no sólo

es un acto biológico determinado del ser humano, sino un acto que nos proporcionará una nueva identidad.

La muerte funciona como puente para enlazar a ambos Borges, uno muere y otro empieza a vivir: ha muerto Borges, viva Borges, el otro Borges. Tal vez este último no sea poeta, tal vez no sea ciego.

En este sentido, la muerte significa el punto de apoyo del poeta para concebir o intuir otra vida, otra personalidad, o tal vez, para lograr descifrar el destino mortal del ser humano. Este último aspecto es otra concepción de la muerte que también maneja Borges: la muerte como revelación. El descubrimiento que proporciona al poeta el encuentro con su verdadera identidad personal. La vida llega a su punto límite: la muerte, y con ella llega el hallazgo de la verdadera razón de la existencia del poeta. Nuevamente observamos que el acto de la muerte no significa sino el momento de enlace entre la vida y la verdad que desesperadamente ha buscado el yo lírico.

En todo caso, las diferentes significaciones que posee la muerte borgeana derivan en la libertad del hombre, de Borges, en tanto que inicia la aventura de indagar, descubrir y emprender su propia vida.

## Bibliografía

- ALIFANO, ROBERTO.  
1988 *Borges, biografía verbal*, Plaza y Janes, Barcelona.
- BENAVIDES, MANUEL.  
1992 "Borges y la metafísica", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, núms. 505/507.
- BORGES, JORGE LUIS.  
1989 *Obra poética 1923-1985*, EMECE, Buenos Aires.  
1960 *Siete noches*, FCE, México.
- MATAMORO, BLAS.  
1985 "Historia de Borges", en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, núm. 424.
- PAZ, OCTAVIO.  
1986 "El arquero, la flecha y el blanco", en *Vuelta*, México, núm. 117.
- PLAYERAS, MARÍA.  
1989 "Los dos Borges desde su palabra", en *Jorge Luis Borges: Premio de literatura en lengua castellana Miguel de Cervantes 1979*, Barcelona, Anthoropos.
- SUCRE, GUILLERMO.  
1967 "El ultraje de los años"., en *Borges, el poeta*, UNAM, México.